

Por IGNACIO AGUSTI

los vivos y los muertos

COMENTABAMOS con Guillermo Díaz-Plaja hace unas semanas el hecho, que nos acababa de acontecer, de haber salido indemnes de un desafortunado aterrizaje del avión en que íbamos. Acabábamos de tomar tierra de mala manera. Tras un par de intentonas en una noche de niebla, el piloto había decidido aterrizar de todos modos, pese al dictamen contrario de los meteorólogos, que le habían ordenado el regreso a la base de salida. Y si, tomamos tierra. O quizá lo que ocurrió es que la tierra nos tomó a nosotros, tal fue la brusquedad del golpe con que las ruedas tocaron fuera de la pista, con el descalabro de algunas luces de balizaje. Y comentábamos, ya repuestos, lo insólito que era encontrarse de nuevo con vida y tan campantes. Nuestra conclusión era la siguiente:

¿Qué magnífica ocasión acabábamos de escamotear a los comentaristas literarios, a los críticos todos, a los literatos y antologistas para los cuales no somos más que un motivo de artículo... necrológico! Todos ellos hubieran considerado la ocasión de nuestra muerte como un acontecimiento periodístico relevante. Probablemente hubiera salido a relucir en una semana todo lo que éramos: el brillo de nuestro estilo, las glorias de nuestra capacidad creadora, la fulgencia de nuestras aptitudes creativas y artísticas —es un decir—. Todo lo que en vida nos había sido celosamente regateado y silenciado habría asomado a las páginas de las revistas y de los diarios, para caer de nuevo en el olvido al cabo de otros ocho días. Y Guillermo Díaz-Plaja y el que esto escribe, llegamos a la conclusión de que lo mejor era aplazar el mayor tiempo posible ese placer a nuestros colegas y contemporáneos; procurar que nuestra presencia se haga incómoda a todos aquellos que nos miran envueltos en la negra orla de luto del posible artículo necrológico. Renunciar al diti-rambo en tanto nos quepa la posibilidad de vivir, aunque sea rodeados de suspicaces sonrisas y silencios. Afortunadamente no hubo artículo.

La memoria que de nosotros tienen nuestros contemporáneos, en lo que al arte y la literatura se refiere, es siempre poco generosa. Probablemente seríamos geniales a condición de estar muertos. Por el simple hecho de vivir somos unos "quidam" sin relieve. Hombres a los que, en vida, se les negaba el pan y la sal, una vez muertos se han convertido de pronto en el genio que, en cualquier caso, eran ya antes de morir. A Eugenio d'Ors se le escatimaba el nombre en los diarios, se le silenciaba en los banquetes. Pero una vez muerto todos eran amigos de Eugenio d'Ors. Así, quien vive es un sospecho, que lo que debe hacer es morir aprisa, para que se desvele sin cumplidos el terrible silencio del que estuvo cargado mientras alentó.

En otros países la notoriedad intelectual y la prestancia de la pluma o del arte no están tan sujetas como aquí a la discriminación ni a la rencilla. En Francia se ha celebrado este año la longevidad de varios de los preclaros maestros de la pluma. Mauriac, Jules Romains, Maurois, otros muchos han visto festejados por todo el país los ochenta años de sus vidas. Esta gente son considerados como arquetipos casi históricos de todo el país, monumentos vivientes, y patrimonio y orgullo de toda Francia. Pero aquí, cuando algún superviviente histórico traspasa la frontera de los ochenta o noventa años ya nadie se acuerda de él. Se dice la gente: ¿Pero aún vive este tío?

Es esta constante brega por la notoriedad y por la consideración de los demás, que en España hay que rendir todos los

días, lo que hace probablemente que aquí sean muy pocos los que alcanzan los ochenta años de vida. ¿Para qué alcanzar los ochenta años si nadie se va a acordar? En Francia han conmemorado ahora los ochenta años de Jules Romains. Hace ya tiempo que este autor está un poco al margen del movimiento activo de las librerías. Sin embargo, "Los hombres de buena voluntad" o "Knock o el triunfo de la medicina" están vivos en la memoria de la gente y todos los autores de hoy, jóvenes o viejos, han hecho gala de la memoria que tienen respecto al autor con motivo de su ochenta cumpleaños. La vida intelectual española es, en cambio, efímera, fugaz y desagradecida.

Por eso no considero malo, a la hora de rendir un tributo a alguien que ha muerto, hacerlo con un margen de parsimonia. No es malo huir de la turbamulta que se produce entre los comentaristas a propósito de la muerte de algún escritor o artista. Mejor que pasen unos días, que se prolongue el luto en una octava. Así, por lo menos, la memoria del desaparecido perdura unos días más por encima de lo corriente. Luego, en otra cuarentena interminable, tendrá que aguardar mucho otro tiempo, hasta poder entrar por la puerta grande en el juicio definitivo. Para ese juicio definitivo será necesario el paso de otra generación.

Es lento y difícil el camino de la gloria literaria. Muchos de los críticos rehusan ya todo comentario sobre quien haya hecho de la vida literaria una vocación que queda justificada por largos años de empeño, para interesarse sólo sobre los noveles de la literatura. Todos los años aparecen dos o tres docenas de nuevos autores, una gran parte de los cuales no lograrán cuajar en las antologías. Es a éstos a los que dedica su número —salvo excepciones— el crítico contumaz. Lo que busca ese crítico es al espontáneo y al maletilla de la literatura; al que corre por los caminos con el hatillo al hombro buscando una oportunidad. Del arte de los toreros viejos, ¿para qué hablar?

Cuando la muerte derriba a medio camino a uno de esos hombres que se plantearon el hecho de escribir como una forma decente e inmutable de vida espiritual, nos queda a nosotros el escrúpulo de no haberlo entromizado y exaltado bastante en vida. Esto nos ha ocurrido ahora con la muerte de Alejandro Casona. Su silueta fina, enardecida por un fuego interior, ha desaparecido ya para siempre de nuestro contorno. Le recordamos en los primeros años de su vocación, con la chalina y el pelo un poco revuelto, en mitad del fragor de voces dispersas y del entusiasmo de la Segunda República, en la que puso una impronta grave y el eco de una confidencia y de un susurro. Domesticó la algarabía y su voz templada sobrevivió a todas las demás. Hablaba bajo, y poco, en los saloncitos de los teatros. Pero el debate de sus ideas lo sostenía en forma epistolar; guardamos aún algunas cartas suyas de aquel tiempo. Luego, unos años después, pasaría unas horas a bordo de un barco en el puerto de Barcelona, camino de Italia. Nos citó allí y, desde entonces, ya no le vimos más que en sus obras. Pero a través de «Otra vez el diablo» y de «La barca sin pescador» o «La dama del alba» se advierte, y así será siempre, la facha de aquel artista que trascendía la realidad en ensueño, y convertía en magia poética la anécdota de los hombres y su paso por el mundo.

Hagamos rápidamente un balance de la figura literaria de Alejandro Casona, puesto que ya no está. Ya ha muerto, ya podemos pensar de él como nos plazca. Seamos sinceros y encomendémosle a aquel lugar inamovible y perenne donde están los grandes maestros, los genios verdaderos, en el clima donde la "dama del alba" ya no puede erosionar la vida ni labrar la ruina ni el dolor.